

El COLEGIAL

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

AÑO I
DE JUNIO DE 1941
N.º 9

PRECIO
\$ 1:





LA PERDIZ CHILENA

CLASE AVES

(NOTHOPROCTA PERDICARIA)

La Perdiz chilena es una gallinácea y no una Zancuda, como creen otros naturalistas, es una ave tímida, antes era muy común en el centro del país pero ha disminuído mucho debido a la caza que de ella se hace sin control alguno, en el mercado de Santiago se vendía en cantidad asombrosa, causa por la cual casi se extinguió totalmente.

Su nido lo construye en el suelo sin darse gran trabajo, sólo reúne unas cuantas pajitas que coloca a guisa de nido en una depresión del suelo, entre las yerbas; pone hasta 12 huevos de color chocolate y muy brillantes, cuya incubación demora de 18 a 19 días. Las perdicitas nuevas son muy ágiles y corredoras, buscan su alimento por sí solas (autófagas), comen granos, insectos, etc. Al segundo mes ya pueden volar. La Perdiz es un ave que no causa perjuicios, en cambio es muy útil por la limpieza que hace de los campos de cultivo, luego es útil, merece toda clase de protección de parte de los hombres, de otro modo está expuesta, a ser exterminada en corto plazo, lo que sería una lástima. Hay otras Gallináceas silvestres chilenas que son: La Perdiz de la Cordillera que se diferencia de la primera por tener cola. La Perdicitita y el Cojón o Petaquita que viven donde principian las nieves eternas, en el invierno suelen bajar al valle.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago).

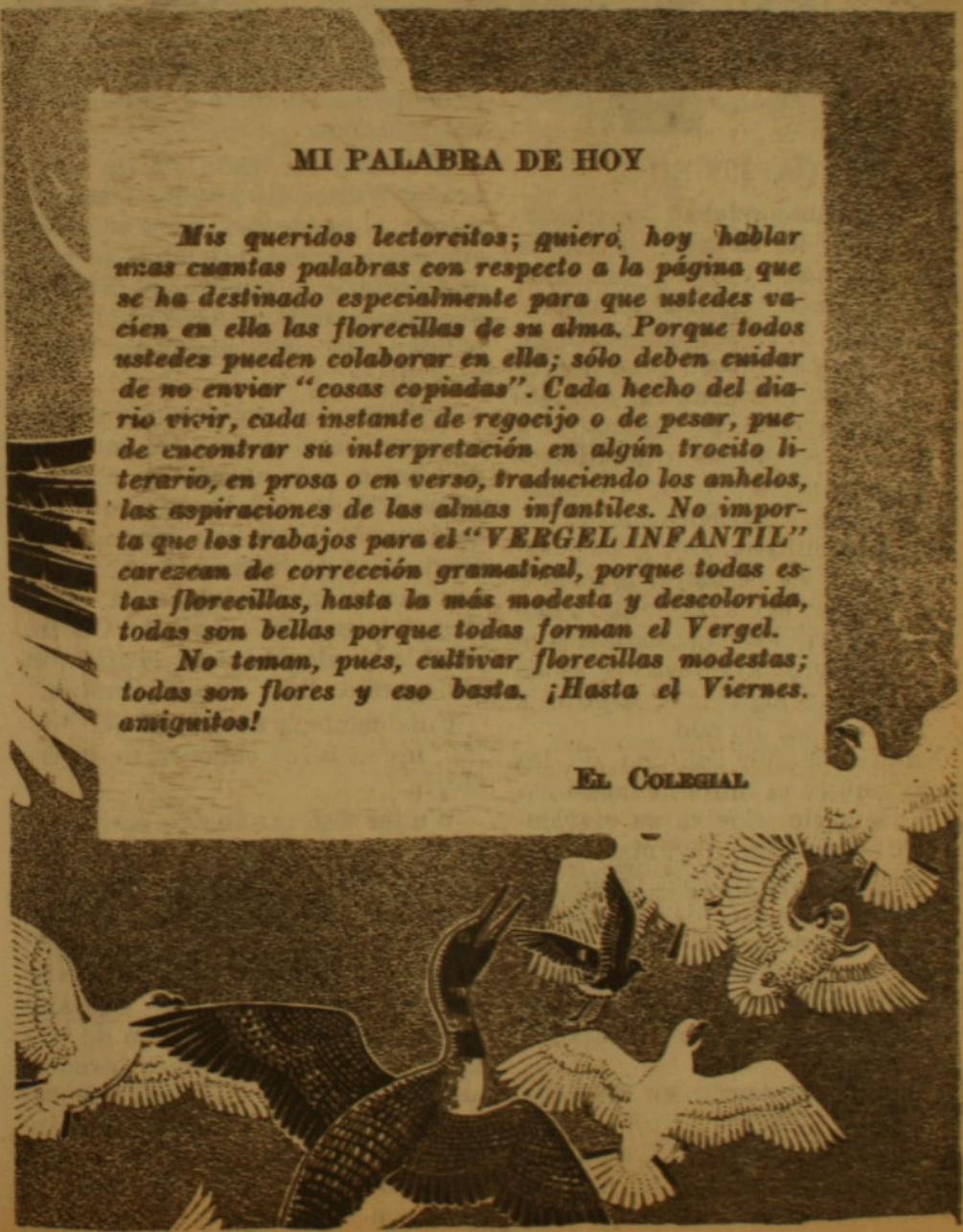
El COLEGIAL

MI PALABRA DE HOY

Mis queridos lectorcitos; quiero, hoy hablar mas cuantas palabras con respecto a la página que se ha destinado especialmente para que ustedes vacien en ella las florecillas de su alma. Porque todos ustedes pueden colaborar en ella; sólo deben cuidar de no enviar "cosas copiadas". Cada hecho del diario vivir, cada instante de regocijo o de pesar, puede encontrar su interpretación en algún trocito literario, en prosa o en verso, traduciendo los anhelos, las aspiraciones de las almas infantiles. No importa que los trabajos para el "VERGEL INFANTIL" carezcan de corrección gramatical, porque todas estas florecillas, hasta la más modesta y descolorida, todas son bellas porque todas forman el Vergel.

No teman, pues, cultivar florecillas modestas; todas son flores y eso basta. ¡Hasta el Viernes, amiguitos!

EL COLEGIAL





CAPITULO II

Sus ojos contemplaban las preciosidades que los esclavos de rodilla iban mostrando y que a una señal del monarca entregaban al tesoro imperial o los dejaban sobre un tapiz. Después fueron presentados los cautivos. Los hombres más jóvenes y vigorosos se destinaron a remar en las galeras, o auxiliares de los jardineros y a otros oficios. Las mujeres y doncellas fueron llevadas a la Sultana. Entre los jóvenes eligió a los de mejor presentación y los entregó a Mufti para que fueran instruidos en el mahometismo. Los más aventajados entre ellos podrían algún día, aspirar a los empleos del Estado.

Nuestro Walter fué uno de los pocos a quien el Sultán escogió para su servicio. Contra su costumbre, hizo algunas preguntas al niño, el que respondió por medio del intérprete, que era hijo de un noble alemán que poseía bienes en las cercanías de Neuhasel, cuyo castillo había sido incendiado por los genizaros llevándose en cautiverio a sus hijos.

—Así estaba escrito en las estrellas —dijo Mehemet al niño— Alá ha sido benigno contigo. Te ha conducido desde tu casa a mi palacio, y quiero convertirte en un servidor

del Profeta; y si abrazas el islamismo, podrás llegar a ser algún día príncipe de mi corte o caudillo de mis ejércitos.

El intérprete tradujo estas palabras y Walter dió gracias discretamente al soberano, pero declaró que nunca haría traición a su fe y que prefería la muerte. El Sultán, que comprendió el sentido de las palabras del niño, moviendo la cabeza, dijo:

—Me parece muy bien que el niño no renuncie a su fe a mi primera indicación. Sea entregado con los demás a Mufti de la corte, el que deberá enseñarle nuestra lengua y al mismo tiempo instruirle en el mahometismo, iniciándole a él, especialmente en la sabiduría del Corán, pues le he elegido para ocupar un alto puesto. Esta es mi voluntad.

Finalmente, a una señal del Sultán, los esclavos salieron de la estancia.

Walter fué conducido con otros dos compañeros de infortunio, Janos Teledti y Estanislao Poniaski, al edificio donde los pajes del Sultán aprendían su oficio bajo la inspección de Abdulah. Allí se les vistió ricamente, con anchos pantalones de seda amarilla, jubón de terciopelo celeste con broches dorados, un birrete rojo y una banda de seda con franjas de oro por cinturón. Así vestidos parecían los niños más hermosos, y el viejo Abdulah les miró con satisfacción.

—Ahora sí que podéis presentarnos convenientemente ante vuestro amo el Sultán. ¿Cuándo habéis estado tan bien vestido?

Diciendo esto, condujo Abdulah a los tres niños a la sala donde habitaban los pajes. Su entrada en ella no llamó la atención, pues casi todas las semanas llegaban nuevos esclavos. Sin embargo, fueron saludados amistosamente por los pajes.

Pronto fué servida la comida de la tarde, y todos se agruparon en torno de unas mesas bajas, después de haberse lavado las manos, según costumbre oriental. Walter no estaba acostumbrado a sentarse en el suelo; pero viendo a sus compañeros luego siguió su ejemplo y no tardó en conducirse como los demás. Durante la comida supo los nombres de todos: Antonio y Jorge eran los que estaban a su lado; y cuando Abdulah, que aquel día estaba de buen humor, dió una manzana a cada uno de los niños, Walter repartió la suya entre ellos ganándose así su amistad.

Terminada la comida, se lavaron nuevamente las manos y se retiraron a descansar en almohadones que habían sido colocados a lo largo de los muros de la sala. Walter dijo las oraciones de la noche, pensando en sus padres, de los cuales no tenía noticia alguna. De su hermana tuvo pronto buenas noticias. El jorobadito Conrado, que había sido destinado a la corte de la Sultana, debía participar de la instrucción que se daba a los pajes, y así no faltaba ocasión a los hermanos de comunicarse por medio de él. En justa compensación por este favor, Walter tomó al pobre jorobado bajo su decidida protección contra las burlas de sus compañeros.

A la mañana siguiente, Walter comenzó su vida como paje del Sultán, vida muy triste comparada con los dichosos días ya pasados.

Abdulah les enseñaba cómo debían portarse, y que jamás debían decir: Yo haré tal cosa.

Después tomaba parte en la instrucción de sus compañeros. A los más aplicados, entre los que se hallaba Walter, se les enseñaba no sólo el árabe sino también el persa. Así mismo tenían que aprender música y canto. Todos los días eran llevados a Mufti quien les predicaba el islamismo, o sea la religión del Corán.

Las primeras semanas asistía Walter a estas lecciones sin comprender lo que en ellas se enseñaba, mas cuando poco a poco se fué convenciendo de que se les predicaba el mahometismo, le asaltó la duda de si estaba o no obligado a seguir oyendo tales cosas, pero Antonio, su compañero de mesa, con quien ya era muy amigo, le dijo que nada sacaba con negarse a oír a Mufti, pues sería castigado y llevado a la fuerza a su presencia.

—¿Y qué daño, añadía, pueden hacerte las doctrinas de Mahoma?

No le satisfizo del todo a Walter la respuesta de su amigo, pero siguió, sin embargo, el ejemplo de los demás, pidiendo a su ángel tutelar no le permitieran caer en tentación y traicionar su fe.

Vino el invierno. Aun en Constantinopla se tornó el tiempo crudo y tempestuoso. Los jardines quedaron desiertos.

En uno de estos fríos días vemos a Walter al servicio del Sultán. Hallábase en la antecámara en compañía de su amigo Antonio y otros, mientras el Gran Visir departía con



—Alena es el que podía presentarse constantemente ante vuestro amo el Sultán.
 SÍE Ahdvish.

el Sultán, cuando fué llamado de pronto, con Janos y Estanislao a presencia del Sultán. Entraron los tres en la cámara y se postraron de rodillas ante Mehemet. Este, impaciente, les hizo una señal para que se acercaran. A sus pies había extendido grandes mapas. A primera vista Walter reconoció el Danubio y las ciudades de Budapest y de Viena.

—Quiero saber, dijo el Sultán, dónde está la casa de vuestros padres. Mostradme vuestra patria en este mapa.

Estanislao, que era el primero que había entrado, examinó el mapa largo tiempo en vano. Por último encontró la cordillera de los Cárpatos y dijo que su patria estaba muy al norte de esas montañas, y que no se hallaba en aquel mapa. El Sultán le indicó que podía retirarse. Jorge señaló el Plattense, lago de su patria, y dijo: —En esta orilla, oh gracioso, Señor, estaba la

cabaña de tu siervo.

—Y ¿conoces el camino que hay que seguir para ir desde este lago a la ciudad? preguntó el Sultán señalando a Viena con una varita de oro que empuñaba.

—Sólo hasta Raab, donde habita mi tío, respondió Janos.

—Y tú, ojos azules, dijo el Sultán dirigiéndose a Walter, ¿dónde está tu patria?

—La patria de tu esclavo es Viena, dijo Walter, y en ella viven mis parientes. Pero yo he nacido aquí, donde mis padres poseían un hermoso campo, hasta que los genizaros lo destruyeron. Diciendo estas palabras señaló el niño la fortaleza de Neuhausel, entre Budapest y Viena.

—Muy bien, dijo el Sultán dirigiéndose al Gran Visir. ¿Conoces, añadió, el camino de Neuhausel a Viena?

—Tu esclavo lo ha recorrido muchas veces, pues yo asistía a la es-

eucla en Viena, y durante las ferias iba a nuestras posesiones sobre el Neutra.

Entonces, dijo el Sultán, deberás acompañar a Kara Mustafá en su expedición a Viena.

El niño se demudó. Desde que oyó la primera pregunta del Sultán, se le ocurrió que se le quería obligar a hacer traición a su patria, pues había adivinado que el Sultán estudiaba planes de guerra con el Gran Visir cuando los vió examinando los planos. Ahora veía que el Sultán tenía la vista puesta en Viena, y que él tenía que contribuir al éxito de la expedición.

—Antes de la muerte, dijo para sí, y respondió al Sultán con tono resuelto:

—¡Oh poderoso príncipe: ¡Quiera el cielo bendecirte y concederte después de largo reinado en la tierra un reino en el cielo. La vida de tu siervo está a tu disposición; pero no pidas de mí que contribuya ni siquiera con una palabra a la desolación de mi amada patria. Si el hijo de alguno de tus príncipes cayera en poder del emperador, como yo he caído en tu poder, y el emperador le exigiera que prestara su concurso para la conquista de Constantinopla, ¿qué pensarías de tal caudillo si consintiera en semejante traición?

El Sultán miró sorprendido al niño que había pronunciado estas palabras con noble actitud. No estaba acostumbrado a oír que le contradijesen; sin embargo había en ellas tal acento de nobleza, que no pudo menos de reconocer el valor y la fidelidad que expresaban.

Repuesto el Sultán de la sorpresa que le causa las palabras de Walter, se dirige al Gran Visir:

—Kara Mustafá, ¿qué merece un esclavo que en la misma presencia de su señor se niega osadamente a obedecerle?

—Cuando menos la pena de azotes o la del palo, respondió el interpelado.

—Ya lo oyes, dijo el Sultán al niño. Entre lo que yo te propongo y el ejemplo que tú citas, hay tanta distancia como entre el cielo y la tierra. Por lo demás, serías ricamente recompensado.

—¡Oh, señor! cómo es posible que tu sabiduría pueda inducirme a mí, pobre niño, a quebrantar el juramento de fidelidad a mi emperador y a mi fe? respondió Walter. ¿Cómo podrías fiarte de mí, que soy tu esclavo, y encomendarme cosa alguna después de haber yo ejecutado semejante traición? ¿No me creerías con razón capaz de hacerte traición en caso semejante?

—¡Por el Profeta! el niño tiene razón, dijo el Sultán al Gran Visir. Mientras sea cristiano no puedo exigir de él una cosa que ha de considerarse como traición. Es, pues, mi voluntad que el Mufti le convenza de la verdad del islamismo, y que abraze nuestra religión. Gran Visir, transmite al Bami-Effendi éste nuestro mandato. Mientras tanto, el niño desempeñará su oficio todos los días en mi presencia. Quiero tenerlo a mi lado siempre que no esté con el Mufti, y que sea mi escudero. Dilo a Abdulah. Así recompensa Mehemet el valor y la fidelidad que has demostrado, y no con azotes ni con el palo. Pero, ¡ay de ti si veo que en tu corazón habla la soberbia, y que tus ojos se cierran a las enseñanzas del Profeta!

(Continuará)



Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor va en busca de la espada mágica y del guantelete encantado que le servirán para vengar a su padre asesinado y despojado por el señor de Faunas. Un escudero lo toma prisionero, pero Lindor se escapa valiéndose de una lima encantada que le llega por los aires al tocar su violín. El astrólogo del señor de Faunas recurre a las brujas para que se apoderen del violín, pero fracasan. La reina de las brujas dice que posee un ungüento que permitirá robar el violín sin que este obre ningún encanto en favor del joven menestral.

CAPITULO IX



1.— La reina de las brujas montó en el macho cabrío y volvió a su casa. Preparó un brasero, lo encendió, echó encima un puñado de azufre y exclamó: ¡Asmodeo, Asmodeo, la reina de las brujas invoca tu poderosa ayuda! ¡Ven!



2.— Una gran humareda se escapó del brasero y en medio de ella empezó a perfilarse la figura de un diablillo vestido de colorado. —¿Para qué me quieres? preguntó Asmodeo. —Quiero saber qué es lo que teme Faunas de un jovencito.



3.— Te lo diré, replicó Asmodeo. Y en un cuadro mágico, Asmodeo hizo desfilar toda la historia de Lindor. Y cuando vio aparecer la majestuosa figura de un anciano detrás de Lindor, la bruja exclamó: —¡Maldición, es el mago Persides!



4.— El cuadro mágico desapareció juntamente con Asmodeo. La reina de las brujas pensó que debía usar de todas sus brujerías para luchar contra el mago Persides que se había declarado protector del joven menestral. En el sitio donde había estado Asmodeo quedó un montón de oro resplandeciente.

Menestral



5.— La reina de las brujas se inclinó llena de alegría para recoger aquel oro del diablo; pero al tocarlo se convirtió en un montón de carbón. —¡Oro, oro es lo que yo necesito para bañarme en él y convertirme en una doncella joven y hermosa. Enseguida la bruja llamó al macho cabrío y montó en él.



6.— Montada en el macho cabrío, la reina de las brujas llegó al castiello del señor de Faunas. Como era de noche el puente levadizo estaba alzado. —¿Qué quieres? le preguntó el soldado de guardia. —Quiero ver cuanto antes a tu amo para comunicarle una gran noticia, respondió la reina de las brujas.



7.— Poco después, un criado entraba en el dormitorio del señor de Faunas y después de despertarlo le dijo: —Señor, una vieja que dice llamarse Malagesta quiere verlo. Al oír esto, el señor de Faunas saltó de la cama y respondió: —¡¡Tráiganla aquí al momento! Debe traerme importantes noticias.



8.— El criado corrió a cumplir la orden de su amo y un cuarto de hora más tarde, la reina de las brujas era introducida en el aposento del señor de Faunas. —¿Qué noticias me traes, Malagesta? preguntó el caballero lleno de ansiedad. —No son noticias muy buenas, respondió la bruja.

(Continuará)



Los Dos Huérfanitos

RECUERDEN: Damián y Paulina huyeron de la cabaña del pescador Galleguito al saber que sus huérfanos y que fueron recogidos por el pescador y su mujer. Por el camino un moribundo les hace prometer que entregarán en Santiago a su hija Domitila Barrantes una chaqueta entre cuyos bolsos hay oculta una pequeña fortuna. Los niños están a punto de ser robados por dos maleantes, pero los salva la intervención del hacendado don Sergio Vilela quien se los lleva a Santiago en su automóvil. En Santiago don Sergio conoce la verdadera historia de los niños y les dice que su deber es volverlos al hogar que abandonaron. Damián y Paulina huyen de noche, precisamente en el instante en que los dos maleantes entran a robar en la casa de don Sergio. Uno de los maleantes sigue a los niños que echan a caminar por la vía férrea hasta llegar al pueblito de Espejo donde ayuda a una campesina que cultiva una esparaguera.

CAPITULO IX

El asalto nocturno

El trabajo ordenado por la chacarera fué ejecutado rápidamente por los niños. La patrona, encantada por aquella ayuda, les dijo:

—Se han ganado ustedes el almuerzo. Vengan.

Y los hizo entrar en la casa. El perro Betún entró con ellos; pero los niños lo corrieron de allí temiendo disgustar a la dueña de casa.

—Déjenlo, dijo la patrona. El pobre debe tener hambre también. Le daré un poco de comida fiambre.

La buena mujer echó comida fiambre en una cacerola vieja y la puso al lado afuera de la puerta. Betún no se hizo de rogar para regalarse con aquel manjar, mien-

tras sus amitos almorzaban en la mesa de la patrona. Esta les dijo:

—¿De dónde son ustedes?

—Venimos de Santiago, señora, replicó Damián. Como no tenemos dinero suficiente caminamos a pie.

—¿A dónde? ¿A San Bernardo o a Buin?

—A Buin, dijo Damián, sin saber siquiera dónde se encontraba aquella localidad.

—Un poquito lejos está, niños.

—No tenemos apuro, señora, dijo Paulina. Podemos ayudarle a usted toda la tarde para pagarle con trabajo este buen almuerzo que nos está sirviendo.

—Pero tendrían que quedarse aquí y no hay dónde dormir. Mi marido es muy enojón y no permitiría que ustedes se quedasen aquí.

Damián y Paulina se miraron desconcertados. Al verlos desilusionados, la mujer prosiguió:

—Pero todo tiene arreglo en esta vida. Pueden quedarse y dormir en el pajar. Así mi marido no se dará cuenta de nada. No llega hasta la noche...

Ni la patrona, ni los niños podían suponer que alguien estaba escuchando aquella conversación. Celestino, dando un rodeo por detrás de la casa, había saltado la cerca de alambre y acercándose a una de las ventanas interiores, había escuchado toda la conversación. Sigilosamente se alejó por el mismo camino empleado en la venida y

cuando se halló de nuevo en el camino murmuró con muestras de gran satisfacción:

—Eso era lo que quería saber. Los chiquillos se van a quedar en la casa y van a dormir en el pajar. Magnífico, porque el pajar está aislado de la casa, allí en ese ranchito de totora. Tengo tiempo de más para volver a Santiago y juntarme con ché Desiderio. Volveremos aquí al anochecer, en el tren de las ocho. Y entonces, ché Desiderio que tiene mejor cabeza que yo formará un plan para apoderarnos de la chaqueta.

Precisamente era la hora en que partía un tren local para Santiago llevando a varios colegiales que estudiaban en la capital y que utilizaban ese tren para ir a almorzar a su hogares. Celestino lo aprovechó para ir a juntarse con su cómplice y ponerlo en antecedentes de todo.

Apenas descendió en el andén de la Estación Central, Celestino se dirigió al hotel donde se alojaba el ché Desiderio, un hotelillo de los alrededores, de aspecto no muy recomendable.

Desiderio había salido, pero había dejado dicho que volvería pronto. Y así fué, en efecto. Cuando los amigos volvieron a encontrarse, el argentino exclamó:

—¡Creí que me habías abandonado! ¿Dónde diablo te habías metido?

—Ya te contaré. Pero antes, dime cómo te fué en el “trabajito” de República?

—Regular.

Y bajando la voz dentro del cuarto donde se habían encerrado, agregó:

—Un encendedor automático,



Los niños se alejaron apenados con su perro...

una lapicera con pluma de oro, trescientos pesos en billetes y... esta carta... Una curiosa carta que hallé sobre el escritorio y que, según se ve, fué escrita por los chiquillos anoche antes de fugarse de la casa. En ella dicen bien claro que se van. Casi descubren mi presencia. El perro parece que me olió, porque a toda costa quería acercarse a la cortina detrás de la cual me había ocultado cuando entraron los chiquillos en el escritorio. Escribieron esta carta y se fueron: Yo me acerqué para leer el papel y cuando supe lo que habían escrito, pensé que a la salida tú los seguirías y continué mi “trabajo” interrumpido.

—Adivinaste, ché Desiderio. Los seguí.

—¿Y sabes dónde están ahora?

—Sí. Se fueron de a pie hasta Espejo.

—¿Y no le quitaste la famosa chaqueta?

—¿Cómo podía acercarme cuando a todas partes van con ese mal-dito perro negro?

—¿Entonces los dejaste escapar?

—No me creas tan tonto, che Desiderio. Los dejé en Espejo porque sé que allí podremos encontrarlo más tarde. Una mujer los acogió en su casa y les dijo que esta noche podían dormir en el pajar. A las ocho parte el tren local y llegaremos allá cuando ya estará todo obscuro.

—¿Hombre, parece que mi compañía te pone cada vez más inteligente! exclamó riendo ché Desiderio. Fué una suerte que esos chiquillos se fugaran la misma noche elegida por nosotros para dar el golpe.

—¿Así lo crees?

—¿Claro! Ahora le echarán la culpa a ellos del robo que hicimos nosotros.

—Entonces la cosa está mala, replicó inquieto Celestino.

—¿Por qué?

—Porque la policía se va a lanzar tras la huella de los muchachos y como nosotros también vamos tras la misma huella, vamos a tener un mal encuentro.

—¿No digo yo que estás hecho un portento, amigo Celestino? dijo ché Desiderio en tono de broma. Pero no se te ha ocurrido que la policía no sabe nada, que no puede dar tan pronto con la pista. Mientras tanto, nosotros obraremos esta misma noche. Y después que nos apoderemos de la famosa chaqueta que contiene una fortuna en los forros, nosotros mismos nos encarga-

remos de lanzar a la policía sobre la pista de los chicos, enviando un aviso anónimo.

—¿Pero y el perro? insistió Celestino sin olvidarse un instante de los colmillos que ya una vez se habían hundido cruelmente en sus pantorrillas.

—¿El perro? ¡Bah, me río yo del perro y de las perrerías! Con un buen pedazo de carne envenenada... ¡Y listo!

Después de estudiar en todas sus formas el plan de ataque nocturno, los dos bellacos se fueron a una taberna cercana, donde comieron y bebieron tranquilamente. Más tarde se apartaron. Mientras uno se iba a ver una función de cine a un teatro del centro, el otro se metió en una casa de juego.

Así transcurrió la tarde y cuando se aproximaban las ocho de la noche, los dos se juntaron en la sala de espera de la Estación Central.

Minutos después partía el tren local llevando a muchos colegiales, a obreros y diversas clases de gentes, entre las cuales iban los dos compinches a conquistar de mala manera la chaqueta que escondía una fortuna.

Apenas veinte minutos demoró el trayecto entre la Estación Alameda y la de Espejo. Los pasajeros descendieron del tren y se desbandaron cada cual por su lado.

Celestino y ché Desiderio se deslizaron hacia la parte donde estaba la casa de la esparraguera. Desde la cerca vieron luz en la casa y detrás de los vidrios de la ventana del comedor, pudieron distinguir las siluetas de la mujer y de un hombre que gesticulaban animadamente y que, sin duda, era el marido de la mujer.



Los niños muy cansados se echaron sobre el pasto seco.

Esperaron un buen espacio de tiempo, hasta que por fin se apagó la luz. La casa quedó en silencio. A lo lejos se oía ladrar de perros.

—No se oye ladrar el perro de los chiquillos, dijo ché Desiderio.

Debe estar durmiendo también en el pajar. La mujer no quería que su marido supiese la presencia de los muchachos y el perro podía delatarlos. Sin duda ella misma les recomendó que lo llevaran también al pajar.

—Entonces, mejor. Así podremos eliminarlo con más facilidad sabiendo dónde se encuentra. Espérame aquí.

El argentino sacó el trozo de carne envenenada que había preparado para dárselo a Betún y, sigilosamente, saltó la cerca y avanzó como una sombra hacia el ranchito de totora donde se guardaba el pasto seco.

Escuchando con atención se acercó a la puerta y cuidadosamente metió el trozo de carne por debajo de la puerta. En seguida se alejó para volver al sitio donde había dejado a su compañero.

—¿Qué tal? preguntó Celestino.
—Todo va a pedir de boca, respondió el cuyano. El perro ni chistó y ninguno de los chiquillos se movió. Se deben haber quedado dormidos profundamente. Esperemos un buen rato antes de ir allá.

Esperaron un buen rato y luego dijo el cuyano:

—Vamos ahora. Rasguñaré la puerta y si el perro no ha comido la carne se levantará y al acercarse a la puerta olfateará la carne y se la comerá. Si ya se la ha comido, no se moverá.

Ambos maleantes se acercaron sigilosamente a la puerta del pajar y el cuyano rasguñó la puerta. Ningún rumor se sintió dentro...

(Continuará)

“El Colegial”

La mejor Revista Infantil

COMPRA PARA SUS NIÑOS.

PARA SUSCRIPCIONES Y
NUMEROS ATRASADOS.

LIBRERÍA “CLARET”

10 DE JULIO 1140.

SANTIAGO

COLMOS

Del intruso: meterse en el ojo de una aguja.

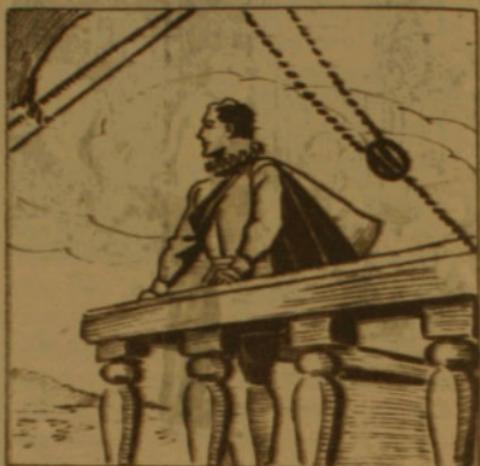
Del piloto: pilotear las naves de un templo.

Del vagabundo: vagar por el espacio.

HISTORIA GRÁFICA



49.—Ni Aguirre ni Villagrán opusieron resistencia a don García Hurtado de Mendoza y ambos se abrazaron prisioneros en el buque que debía llevarlos al Perú. —No cabíamos en un reino y ahora don García nos hace caer en una tabla, dijo Aguirre.



50.— Don García siguió viaje al sur y desembarcó en la isla Quíquima, frente a la destruida Concepción. Antes de desembarcar en el continente, don García esperaba la llegada de la caballería que debía llegar por tierra desde Santiago.



51.— Al cabo de dos meses se trasladó a Concepción y allí organizó su ejército que era el más brillante y numeroso de cuantos se habían organizado en Chile. Hizo construir un fuerte y estableció allí su campamento, sobre una loma.



52.— Entonces se presentó el infatigable Caupolicán con sus guerreros que atacaron el fuerte con un encarnizamiento y valentía admirables. El propio don García estuvo a punto de perecer, alcanzado por una pedrada que le dió en la cabeza.

DE CHILE



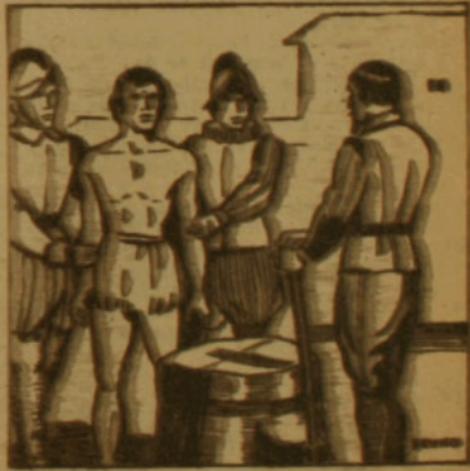
53.— Caupolicán, al frente de su tropas peleaba con un valor desesperado, saltando por encima de los fosos, aplastando con su enorme maza a cuantos le cerraban el paso. Pero todo fué inútil; venció la disciplina española y los indios se retiraron.



54.— Después de este triunfo, don García decidió emprender la campaña de la Atacama, al frente de un ejército de seiscientos jinetes y de más de tres mil indios yanacomas auxiliares. Por primera vez el ejército llevaba una banda de músicos.



55.— Pero apenas el ejército conquistador atravesó el Bío-Bío, cerca de Lagunillas le salió al encuentro el ejército de Caupolicán. Como siempre el encuentro fué terrible. Pero otra vez se impuso la pericia militar de los tenaces españoles.



56.— Los atacameños se retiraron otra vez derrotados. El cacique Galvarino cayó prisionero y don García le hizo cortar ambos brazos para escarmentar a los demás. Galvarino se juntó a los suyos y lejos de lamentarse, los animó a seguir la guerra.

Página Femenina

PARA LOS NIÑOS



De gran gusto es este pullover y la corbata haciendo juego, las que quedan muy simpáticas, buscando una bonita combinación de colores.

Para un niño de 5 a 6 años se emplea el siguiente material: 250 gramos de lana de 6 hebras. (150 gramos color verde, 50 gr. roja y 50 gr. gris). Pañillos de 2 1/2 milímetros de diámetro.

Puntos empleados: Jersey: Tejer 1 hilera al derecho y 1 hilera al revés. Los bordes se hacen en punto Canelón simple, tejer 1 m. al derecho y 1 m. al revés: Las rayas compuestas de una sola hilera están alternadas rojas y grises sobre el fondo verde y van hechas a 11 hileras de intervalo las unas de las otras.

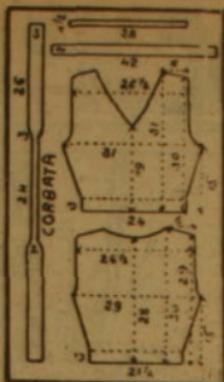
Ejecución delantera: Comenzar por el bajo, montar 94 m. verde, tejer 3 cms. en punto canelón simple. Luego, trabajar en punto jersey a rayas, aumentando de cada costado 3 veces 1 m. cada 4 cms. A los 15 cms. de altura total, formar las bocamangas disminuyendo de cada costado, en todas las

2.ªs hileras, 1 vez 5 m., 1 vez 2 m., y 2 veces 1 m. A los 19 cms. separar el trabajo en dos en el medio para el escote y no trabajar más que de un costado, disminuyendo del costado del escote en todas las 2.ªs hileras 22 veces 1 m. A los 30 cms. formar el bias del hombro disminuyendo en 3 veces las 19 m. restantes. Hacer del otro costado el mismo trabajo.

Trasera: Montar 85 m. sobre las cuales se tejen 3 cms. en punto canelón simple. Luego, trabajar en punto jersey con rayas aumentando de cada costado 5 veces 1 m. cada 2 cms. A los 15 cms. disminuir de cada costado, para formar las bocamangas, en todas las 2.ªs hileras, 1 vez 3 m., 1 vez 2 m. y 1 vez 1 m. A los 28 cms., disminuir rectas las 25 m. del medio para el escote y no continuar más que de un costado disminuyendo del costado del escote en todas las 2.ªs hileras, 1 vez 3 m., 3 veces 2 m. y 1 vez 1 m. A los 29 cms., formar el bias del hombro, disminuyendo en 3 veces las 19 m. restantes. Hacer el otro hombro de la misma forma.

Bordes: Para el escote, montar 132 m. y tejer 10 hileras en punto canelón simple, aumentando 1 m. al comienzo de cada hilera, luego disminuir rectas las 142 m. de la aguja. Para las bocamangas, hacer siempre en punto canelón, 2 tiras de 90 m. sobre 3 hileras y cerrar. Después reparar con una plancha tibia las partes del lado revés a través de un lienzo húmedo; coser los costados y hombros. Unir las tiras alrededor del escote y de las bocamangas por medio de punto guante.

Corbata: Comenzar por un extremo, montar 14 m. y trabajar en punto canelón simple, tejiendo 26 cms. rectos, después disminuir de cada costado 2 veces 1 m. en todas las 4.ªs hileras tejer entonces 24 cms. rectos sobre esas 10 m. Luego, aumentar de cada extremo 2 veces 1 m. en todas las 4.ªs hileras y terminar con 24 centímetros rectos sobre esas 14 m. que se cierran rectas en seguida.



RECETA

Budín de tapioca

Ingredientes.— 1/2 litro de leche, 3 cucharadas de tapioca, 1 huevo, 60 grs. pasas Sultana, 30 grs. azúcar, 1 cucharada de postre de mermelada, una pizca de sal.

Procedimiento: Colocar la tapioca,

ca, pasas, azúcar, sal y mermelada en una budinera y vaciar la leche encima. Dejarlo reposar durante 2 horas. Batir el huevo y mezclar bien con la tapioca. Cocer en un horno lento durante 1 1/2 hora. El cocimiento lento es el secreto para que los budines de leche tengan éxito... y eso y un buen sabor.



CAPITULO IX

En efecto, se ha descubierto la fuga de Medea. Se congrega al pueblo y al ejército, ordenando que corran por ambas orillas en persecución del Argo; que asimismo se apreste la flota por su parte a la captura de la nave, y se ordena al príncipe Absirto monte a caballo y que al frente de las fuerzas reales marche para detener a los argonautas, si aún es posible, en la barra del Fasis.

El rey alza las manos al cielo, invoca a Júpiter y profiere las más terribles amenazas contra su pueblo si éste no le secunda en rescatar la persona de Medea, y en apoderarse de Jasón, vivo o muerto. Los colquios, enardecidos por la promesa de ricas dádivas, y aterrados ante la perspectiva de crueles castigos, en un solo día consiguen armar una espléndida escuadrilla, que más parece, por lo ágil y graciosa, una bandada de aves, que una flota guerrera.

El Argo ha conseguido, gracias al empuje de sus remeros, franquear la barra antes de que los enemigos le alcancen, y boga por el reino de Neptuno, protegido por las hinchadas velas impulsadas por la esposa de Júpiter, que deseando vengar la afrenta que la infligiera el rey Pelias, excluyéndola del homenaje, ayuda a los argonautas a regresar a Grecia.

Es tan raudo su avance, que al tercer día arriba la nave al litoral de Paflagonia, en la desembocadura del caudaloso Halis. Medea manda atracar, deseosa de ofrecer un nuevo sacrificio a Hécate para conservar la propicia. Jasón no se opone, aunque parece que las misteriosas palabras del ciego, indicaron otra ruta, pero Argos, que conoce aquellos mares, exclama, dirigiéndose al caudillo:

—Demos rumbo hacia Orómeno. Al norte de éste existe una región fertilísima, atravesada por un río navegable y cuyos habitantes son como los griegos, de origen pelásgo. Cuenta la tradición de que de aquel país vino al Asia un rey de extraordinario denuedo, quien recorrió Oriente hasta las márgenes del Ganges, y Europa hasta las orillas del Ponto Buxino, logrando fundar estados y ciudades, a los que cupo diversa suerte. Quien conozca como yo el litoral, encontrará la desembocadura del caudaloso río de hondo cauce que ha de abrirnos por diversas vías, el camino hacia Grecia. Ese río es el Ister.

El acierto de las palabras del mozo, lo confirma Júpiter con un prodigio, dibujando un ángulo de plata en el sereno firmamento, y los nautas no ocultan su gozo, pues se ven ya a poco que dure el bonancible viento que les empuja, en las riberas del Ister y avanzando a través de un fértil territorio.

La flota enemiga, persiguiendo la nave de Jasón, se ha fraccionado en dos escuadras: una trata de darle caza bordeando las rocas Cianeas, y otra le acosa frente a una isla de forma triangular, que cierra la entrada del Ister, isla que divide el cauce en dos canales, llamados la Boca Bella y la Boca Narecia.

Por el primer canal penetra la flota que lleva a Absirto por almirante, la cual logró, gracias al poco calado de sus bajeles, correr más rápida que el Argo, tomarle la delantera y remontar el Ister, ruta precisa de los argonautas en su retorno a Grecia. Los pastores de las orillas huyeron a esconderse en los bosques, abandonando sus rebaños, invadidos de pánico ante la contemplación de aquellas naves que les parecen monstruos destructores: nunca los escitas de Tracia han visto nada semejante surcando las aguas.

Los colquios, que siguen remando incansables, dejan atrás el monte Anguro, y como es más fácil la boga por el río abajo, consiguen llegar al Adriático, para cortar allí, seguramente, la retirada de los argonautas, que quedarán cogidos por entre ambas escuadrillas...

Duelo entre Jasón y Absirto

En la espléndida bahía, hay un grupo de islas llamadas Brigeas, en las que Absirto sitúa numerosos guerreros, mientras otros ocupan rocas elevadísimas preparándose todos bajo esta disposición, a acometer a la nave griega, cerrándole el paso hacia el mar, tan pronto ésta se presente.

El instante no puede ser más crítico para los argonautas, y com-



El dragón apuro instantes, pero de pronto, abre las fauces, y amenaza escapar al caudillo y a la princesa.

prenden que es imposible resistir el empuje de sus numerosos enemigos. Las fuerzas de éstos les aplastaría, y ante ello deliberan, y tras breve consejo determinanse a parlamentar. Ellos creen que Etas no tendrá más remedio que consentirles que se lleven el áureo vellocino, pues Jasón cumplió con creces, una por una, todas las condiciones impuestas por el rey. Pero, hay otro punto de más difícil litigio: Absirto pide la entrega de su hermana, que debe comparecer ante un tribunal de reyes, para que éstos fallen si ha de retornar al alcázar de Etas, o bien ha de continuar con los argonautas.

La noticia de los arreglos en que se juega su vida, llega a Medea, quien acude, desesperada a hablarle a Jasón y le dice:

—¿Es posible que la gloria te haga olvidar mis sacrificios? ¿No soy tu prometida? Si me entregas a mi

padre, me aguarda la muerte, o la prisión; ¿cómo es posible que afronte sola las iras paternas y tú regreses a Grecia, sano y salvo con el laurel de la victoria? Torna a tu patria, si así lo quieres, pero te advierto que me vengarán las furias infernales y tú en compañía de tus camaradas, no gozaréis largo tiempo de vuestro triunfo.

Tiembla Jasón al oírle prorrumpir en amenazas de quemar el Argo, para perecer con los nautas entre sus llamas, y así la responde:

—Nos vemos obligados a hacer el pacto que tanto abominas, pero es sólo un ardid para salvarte. No es un tratado de paz, es una tregua. Somos muy pocos en comparación de nuestros enemigos y Marte no nos protege. ¿Lograrás urdir alguna trama para que nos salve Hécate? Inventa la manera de perder a Absirto y de atraernos la benevolencia de las tribus de este litoral, que teniéndole a él por almirante

expertísimo y a nosotros por piratas, se nos muestran hostiles.

La maga medita unos instantes y luego dice:

—Veo que te merezco confianza por haber combinado el plan que te permitió apoderarte del vellocino de oro. Manda a Absirto un parlamentario que le convenza de celebrar en tierra una entrevista conmigo. Yo te facilitaré los medios de dar muerte a tu rival.

Conforme dispone la princesa, Jasón prepara un regalo de espléndidas telas y joyas para Absirto, entre los cuales está la túnica de púrpura que para el semi-dios Dionisio tejieron con sus dedos de rosa las tres Gracias. Esta túnica la usó el dios Baco, y poseyéndola últimamente la reina Hisipilea, se la donó al caudillo.

Antes de que los parlamentarios argonautas se avisten con el jefe colquio, Medea les adiestra, enseñándoles lo que deben decir a Ab-

sirto, y le envía un mensaje, asegurándole que ella no pensó jamás en acompañar a Jasón a Grecia, sino que al contrario, sus deseos son de retornar a la Cólquide, encontrándose en la nave, porque a la fuerza hasta allí la llevaron los hijos de Calciopea. Deben rogar a Absirto en su nombre, que vaya a visitarla entre las sombras de la noche, y burlando la vigilancia de los griegos, le facilitará el robo del vellocino de oro.

Luego de enviar tan mentirosa misiva, prepara filtros mágicos que esparce por las aguas y por la atmósfera.

Los argonautas, cumpliendo una de las cláusulas del pacto, conducen a Medea a la isla de Diana, y la escuadrilla colquia, y el Argo, fondean lejos una del otro. Permanecen las tripulaciones en sus puestos. Sólo Jasón, sin ser visto, desembarca en la isla y se oculta a pocos pasos del templo.

Absirto, confiado en las promesas de su hermana, llega a la isla en una ligera barca. Cree que en su entrevista con Medea, descifrará el enigma de la conducta de ésta y la razón de que protegiere a su enemigo. Lejos de lograr el conocimiento de la verdad, la maga le engaña, tramando con él el asesinato del caudillo griego, y el exterminio de los argonautas, según los deseos del jefe colquio. De súbito sale Jasón cauteloso por detrás del ara, desde donde oyera el infernal propósito de atentarse contra su vida y la de sus compañeros; y desenvaina la espada y acomete a Absirto. Breve es la lucha y Medea apártase; sus facciones empañadas por la livida palidez y no bastándole volver el rostro para no presenciar la con-

tienda, cubre éste con el velo.

Cae Absirto mortalmente herido. Adivinando la traición, increpa a su hermana y salpica su velo con la sangre de su herida, antes de morir.

Jasón, sin inmutarse, ejecuta la señal convenida con los nautas, haciéndole saber el éxito feliz del duelo.

No bien el centinela que dejó apostado, el caudillo, con este objeto, ve la luz de la señal, despierta a los camaradas y todos, asiendo los remos, prepáranse al abordaje de las naves colquias. El puñado de héroes, cual una bandada de gavi-lanes que cayera sobre gigantesco palomar, va pasandó a cuchillo a los enemigos que apenas aciertan a defenderse.

Cuando empieza a notarse la ausencia del capitán, éste salta rápidamente a bordo del Argo. Ya obtenida la brillante victoria, ordena que cese la lucha y empuñando los remos escapan con la mayor velocidad posible, antes de que aperecida de lo ocurrido el resto de la escuadrilla colquia acuda a la venganza. Peleo, secundándole, se expresa así:

—Es posible que considerándonos la flota colquia con rumbo a Grecia, se dirija hacia Oriente. Por lo tanto, nosotros debemos poner la proa hacia Occidente; algunos bajeles pensarán seguirnos, otros, desanimados, renunciarán a la reconquista del vellocino y a la captura de nuestro jefe. Como no pueden buscarnos por todas partes a la vez, cuando hayan perdido nuestra pista, viraremos de bordo, y éste será el momento de tomar el camino de Grecia.

(Continuará)

PASATIEMPOS

Adivinanzas

1.— ¿Cuál es el país cuyo nombre contiene las cinco vocales?

Charadas

1.— Mi primera y mi segunda abunda en los correos; mi tercera y cuarta, adverbio de cantidad; mi primera y tercera un apellido; mi todo una prenda de vestir.

2.— Segunda, cuarta prima, hace gracias; tercera prima, útil para escribir; cuarta segunda, la piden todos; mi todo se usa en los pies.

Cuadro mágico, por Tío Atilio

A . E I . E

. A . . E .

E . . A . A

I . A . E .

. E . E . A

E . A . A .

Substituir los puntos por consonantes, de tal manera, que, horizontal y verticalmente, puedan leerse 6 sustantivos.

Logogrifo

- 1) 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11
- 2) 9 7 8 3 4 1 5 8 6 10
- 3) 8 10 3 4 9 7 6 5 1
- 4) 7 2 3 4 5 11 3 11
- 5) 10 11 4 1 5 8 11
- 6) 5 11 4 8 4 11
- 7) 4 8 5 9 5
- 8) 4 11 5 11
- 9) 6 5 9
- 10) 3 8
- 11) 2

Jeroglífico,
por Cheche



Soluciones a Sección Pasatiempos N.º 8

Adivinanzas.— 1) Victoria

2) Los marcos (dinero).

Charada.— 1) Moreno.— 2 Arredondo.

Charada ilustrada.— Pesarosa.

Jeroglífico, por Sin Nombre.— Conserva tu salud como a un tesoro inapreciable.

Charada ilustrada, por Alej.



BUENA RAZON

Profesor.— Ya he dicho, Pepito, que no se permite rascarse en clase. ¿Lo entiende?

Pepito.— Sí, señor.

Profesor.— Pues, entonces, ¿por qué se rasca?

Pepito.— Porque me pica.

EN LA ESCUELA

Maestro.— ¡Otra vez vienes con las manos sin lavar, Pedrito! ¿Qué dirías si me vieses llegar a mí con las manos sucias?

Pedrito.— No diría nada, señor, porque usted me ha enseñado que no debemos avergonzar a los demás.

Siguiendo el consejo del médico

Médico.— Supongo que habrá seguido el consejo que le dí de comer sólo lo que comen los niños.

El paciente.— Sí, doctor; ayer sólo me comí un par de botones, una hoja de papel y cuatro palitos de fósforos.



QUIEN RAPTO

CAPITULO IX



1.—Había inquietud en la mirada de Jeff cuando éste se dirigió a Jim Henson. —Prepárate para irte volando al rancho junto con tu padre cuando yo te lo ordene.



2.—En seguida, el joven cowboy, revolver en mano, trepó por la roca detrás de la cual se habían ocultado, sabiendo que de ellos dependía la salvación de Henson.



3.—Entre tanto, los desconocidos conversaban. —Waal, creo que debemos seguir nuestro camino con el viejo, dijo uno. El Jorobado estará esperándonos.



4.— En ese momento, una detonación rompió el silencio y una bala pasó por encima del que parecía ser el cabecilla, botándole el sombrero.

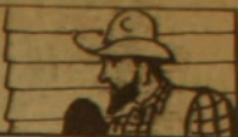


5.— Los tres hombres trataron de recurrir a su armas; pero antes se oyó la potente voz de Jeff que les ordenó: —¡Manos arriba, todos!



6.— Tres pares de brazos quedaron apuntando al cielo. Entonces Jeff ordenó a Jim que se fuera con su padre. Jim obedeció al momento.

A HENSON?



7.— Cuando Jim Henson subió al caballo en que estaba cautivo su padre, uno de los raptores, eludiendo la vigilancia de Jeff, se deslizó hasta el pie del peñasco.



8.— Revólver en mano, Hank Gallow se encaramó por las rocas con la velocidad de un gamo, con intenciones de atacar a Jeff por la espalda.



9.— Pero cuando llegó al punto deseado, se encontró con la desagradable sorpresa de que Jeff Warren había desaparecido. Se había hecho humo.



10.— Sólo permanecía allí el revólver de Jeff, de tal manera que el cañón quedaba visible para los de abajo. Antes de que Gallow volviera, Jeff había subido a caballo.



11.— En esos momentos llegó Gallow enfurecido. — Se ha burlado de nosotros, gruñó. ¡Sigánlo, ustedes! A unos cien metros pasaba Jeff tendido sobre su caballo.



12.— A la carrera, los tres raptores montaron a caballo y partieron con la velocidad del rayo detrás de Jeff que les llevaba la delantera.

(Continuará)



RECUERDE: El joven Santiago Merande, su tío Juan Salvere y un antiguo condiscípulo suyo van al Africa en busca de un tesoro oculto por Felipe Merande. Este ha sido asesinado por una banda de foragidos, pero antes de morir escribe el secreto del tesoro y uno de sus dos fieles servidores negros hace llegar la carta a manos de un amigo de Felipe, quien la envía a Santiago Merande. —Después de haber tenido una terrible lucha con los tuatag, ahora los expedicionarios están rodeados por un rebaño de elefantes salvajes.

CAPITULO VII

Afortunadamente, a eso de medio día, como había supuesto don Juan Salvere, el rebaño de elefantes salvajes se retiró del paraje. La ruta, a lo largo del lago, quedó libre.

—Patrón, dijo Kunú, creo que Niembé debería adelantarse con cinco hombres para explorar la pradera. Desde lo alto de la roca, su amigo Ojo de Aguila podrá ver las señales. Si la ruta está libre, Niembé levantará un paño rojo; en caso de peligro, levantará un paño azul.

—Está bien, respondió don Juan Salvere.

Transcurrió cerca de una hora. Los exploradores con Niembé a la cabeza, se espaciaron a la distancia para abarcar más horizonte en anchura. Desde lo alto de la roca, Montrose se servía de un anteojo de larga vista para seguir los mo-

vimientos de los exploradores. Hasta que de pronto Niembé levantó el paño rojo. La ruta estaba libre.

—¡Adelante! ordenó don Juan Salvere.

Estaban ya por movilizarse, cuando Montrose gritó desde la roca:

—¡Un momento! Uno de los exploradores ha llegado corriendo donde está Niembé y habla con él... Ahora... ahora Niembé ha alzado un paño azul... Esperen...

Los expedicionarios aguardaron pacientemente la llegada de Niembé y de sus exploradores.

—¿Qué hay? interrogó don Juan Salvere.

—Una tribu está acampada, detrás de aquel bosque. Parece que se disponía a partir.

—¿Nos atacarán si nos ven?

—La tribu lleva botín de guerra y esclavos tomados al enemigo. Son más de quinientos guerreros. Sería peligroso hallarlos a campo libre.

—Y sería estúpido entonces abandonar una verdadera fortaleza como es este sitio, dijo el sabio.

—Pero si van al norte no podrán vernos.

—¿Y quién te dice que vayan hacia el norte, sobrino? El norte es el desierto.

—Entonces manos a la obra, tío, respondió Santiago Merande.

Reforzaron el baluarte natural y derribaron varios antílopes para almacenar provisiones, teniendo

mucho cuidado de no servirse de las armas de fuego, para no denunciar su presencia a la tribu acampada no lejos de allí. Los negros, cazaron por su parte, algunas grullas y una cigüeña cuya carne apetece mucho.

Transcurrió otra hora. Gabriel Montrose que estaba al acecho con su larga vista, divisó por fin a la tribu negra que avanzaba lentamente, en desorden, con una confianza victoriosa. Detrás seguía un apreciable botín de guerra, pequeños bueyes jibados, carneros, cabras y cautivos de todas las edades. Los guerreros iban armados de lanzas, de arcos y de mazas.

—Parece que nada sospechan, dijo Montrose. Una descarga de fusilería o una andanada con el fusil ametralladora, tendería a la mitad, por lo menos, de un viaje.

—Pero los demás huirían y llevarían la noticia de nuestro avance y de nuestros procedimientos sanguinarios. Es mejor que esperemos aquí y quien sabe si la suerte nos es propicia, nos oculte a sus miradas. No sería raro, pues todos van embriagados con su victoria.

—Pero también corremos el riesgo que nos descubran y pongan sitio a nuestra fortaleza hasta que el hambre nos obligue a salir.

—En todo caso, dispones de veinte fusiles con sus respectivos fusileros que, aunque no son unos campeones de tiro, por lo menos pueden hacer blanco en esas masas compactas. Además tenemos el fusil ametralladora y... el cinematógrafo.

La tribu avanzaba formando tres grupos compactos. El sabio Salvere dijo a sus compañeros:

—Amigos míos, no debemos dis-

parar a mansalva y sin aviso sobre esos negros. Sería una traición contra nosotros mismos, contra nuestros principios de hombres civilizados. Sus crueldades contra los enemigos, no justificarían nuestra crueldad.

—Tiene usted razón, tío, declaró Merande.

—A mí me parece que ese modo que tienen esos negros de tratar a sus prisioneros justificarían más de algún atropello de nuestra civilización, dijo Montrose con tono dubitativo. ¿No ven ese negro que custodia a los cautivos, no ven cómo maneja el garrote que lleva en la mano? Por lo menos a ese creo que le alojaría una bala en el cuerpo sin muchos remordimientos, señor Salvere.

Las almenas naturales del fuerte permitían a los expedicionarios ver sin ser vistos. La horda negra se acercaba más y más. Algunos habían llegado hasta la orilla del río y allí apagaban la sed. Los guerreros eran soberbios tipos humanos, de alta estatura, de pecho fornido, de miembros creados para la lucha y la fatiga. De pronto, la vanguardia se detuvo y pareció surgir una discusión. En seguida empezaron a examinar con atención el lago, la pradera y las colinas del norte. Uno de los negros que miraba hacia el lado de la roca lanzó un grito que fué coreado por un vocerío enorme.

—No nos queda más remedio que afrontar la situación; ya hemos sido descubiertos, dijo don Juan Salvere serenamente.

De pronto el vocerío se interrumpió. Los negros vacilaban. El silencio de la fortaleza les infundía un vago temor, el temor de lo descono-



Un negro gigantesco empezó a vociferar al pie de la roca.

cido, pero al mismo tiempo les daba esperanza. De nuevo empezó la gritería y juntándose una columna de guerreros, daban golpes en sus escudos. De entre ellos se desprendió un grupo de cuatro negros entre los cuales sobresalía uno de talla verdaderamente gigantesca. Este se adelantó solo y deteniéndose a corta distancia de la roca empezó a vociferar, a levantar en alto una maza colosal que blandía como una caña y haciendo gestos de reto. Este coloso negro llevaba un gran collar de cuentas blancas alrededor de su cuello y una especie de manto blanco le cubría el hombro izquierdo, dejando al descubierto el formidable hombro derecho y el brazo armado de garrote enorme, en forma de cachiporra. Cuando el coloso dejó de hablar, Niembé y Kunú tradujeron sus palabras.

El formidable negro había dicho:

—Nada ni nadie puede resistir a los guerreros mungos; sus golpes son terribles; sus miradas atraviesan la piedra, el agua y las hierbas.

¿Para qué ocultarse detrás de las rocas? Nuestros jefes, Kuragán y Uando sabrán reducirlos por la fuerza. Si os rendís, tendréis la vida salva y trabajaréis para los mungos, llevaréis nuestros fardos, conduciréis nuestros bueyes y no se os hará daño. Pero si resistís os ahumaremos en la roca y los que traten de salir perecerán como chacales y hienas.

Estas eran las palabras que había pronunciado el gigante color de ébano.

—Eso se llama hablar claro, dijo Gabriel Montrose.

Para evitar que nos hagamos ilusiones, dijo Santiago Merande.

Salvere escuchó en silencio a sus compañeros. Luego, volviéndose hacia Niembé y Kunú, les habló así:

—Díganle ustedes que no queremos hacerles mal y que sigan su camino. En caso contrario, nuestra cólera será terrible y que lanzaremos contra ellos el rayo que mata y destruye.

Kunú tomó la palabra y transmitió al coloso las palabras del jefe blanco. Mientras hablaba, la guarinición del fuerte se dejó ver sobre la roca y esta súbita aparición sorprendió a los parlamentarios que se quedaron desconcertados durante un momento, sin saber qué responder. Más lejos, la tribu de los mungos estalló en gritos de guerra y todos los guerreros blandieron sus armas y golpearon sus escudos. Kunú, asistido por Salvere, exclamó:

—¿Qué esperan ustedes para llevar nuestra respuesta a Kuragán y a Uando? Queremos conocer la voz de los jefes.

Los parlamentarios se alejaron. Durante largo rato estuvieron hablando con los jefes. En realidad, el negro colosal que había servido de parlamentario era uno de los jefes. El otro jefe, a pesar de su estatura, que no bajaba de la normal entre los negros, se veía pequeño al lado del coloso de la maza. Su rostro era más fino y sus ojos astutos miraban con mucha movilidad y malicia. Fué él quien tomó la palabra:

—Los guerreros de la roca, dijo, han pedido hablar a los jefes y hemos venido. ¿Qué desean los guerreros de la roca?

Kunú sirvió de intérprete:

—Quieren la paz, contestó, aunque poseen la fuerza. Manejan el rayo a su antojo, el rayo que siega a los hombres así como el huracán siega las hojas de los árboles.

Los dos jefes se consultaron en voz baja. Tal vez nunca habían peleado contra los blancos, pero sabían de oídas el formidable poder de que disponían con sus extrañas armas de combate. Sin duda por eso, Uando, el jefe más peque-

ño y astuto, resolvió sacar partido de la situación recurriendo a las ventajas comerciales y dijo:

—¿Qué nos daréis como señal de paz y de alianza?

Los blancos se consultaron y pidieron la opinión de Niembé y de Kunú. Los fieles sudaneses respondieron que lo mejor era regalar alguna cosa de poco valor a los jefes solamente. De otro modo, un regalo más generoso podía excitar su codicia y hasta podían juzgarlo una señal de debilidad. Y así se hizo. Kunú volvió a tomar la palabra y dijo:

—¿Uando y Kuragán son los únicos jefes? ¿No hay otro igual entre ellos?

—¡Nosotros somos los únicos jefes! exclamó el colosal Kuragán violentamente. Nadie se atrevería a levantarse contra nosotros.

—Bien, respondió Kunú. Queremos tratar como amigos a los grandes jefes. Uando y Kuragán tendrán cada uno un collar más brillante que la aurora y, además, una barra de sal.

La voz de Kuragán se alzó terrible:

—Kuragán tiene su casa llena de collares resplandecientes. Si queréis la paz, debéis dejarlo tomar lo que a él le parezca, exclamó con voz de trueno.

Kunú se volvió hacia don Juan Salvere y le dijo:

—Es inútil ceder... de todos modos tendríamos la guerra.

Don Juan le dió sus instrucciones y Kunú volvió a hablar:

—¡Retírense los jefes ciegos! Cuando os halláis juntado con vuestros guerreros, haremos retumbar el trueno y os lanzaremos el rayo.

(Continuará)

Lamentos, llantos y gritos,



1.—Don Martín y Pepito en la oficina del Sr. Gobernador General, muestran la carta que les aproxima al final de esta hazaña original.



2.—El General en jefe les atiende y ordena a su ayudante lo preciso, para arreglarlo todo, como entiende que saldrá don Martín del compromiso.



3.—Y en efecto se toman las medidas indicadas en casos muy urgentes, y al ver sus peticiones atendidas, disponen su partida para el frente.



4.—En un auto-carruaje, parten veloces Pepito y don Martín; la carretera, ancho campo de hazañas de don Cocos, tiene moros amigos con cartera.



5.—Llegan felices sin contratiempos, al fin de la jornada peligrosa; ya ven cerca la entrada al campamento, y un centineia, de postura alrosa...



6.—...les detiene; mas muestran el permiso y el centineia viendo el documento, avisa a dos soldados, que es preciso, para que los dos pisen campamento.

se han perdido los negritos!



7.—Llegan los dos, temblando de emoción, al aposento donde el capitán descansa, en la labor de la legión. Es hombre fuerte y joven, un titán.



8.—Muy amable y gentil les acompaña hasta el límite de una posición, en el que hacen la vida de campaña los tres negritos; ¡vaya corazón!



9.—Vienen los tres valientes legionarios, y ante aquella visita dan un grito; parecen unos hombres; tres templarios, que contentos se abrazan a Pepito.



10.—Pepito, tan cumplido como siempre, presenta a don Martín los tres negritos, que le saludan, dulces, sonrientes, mezclando sus zalemas con sus gritos.



11.—Y obtenido el permiso que han pedido, salen los cinco alegres y contentos, abandonando el sitio en que han vivido, con un alegre ¡adiós! al campamento.



12.—Ya están en el hotel; ¡Dios, qué alegría! Chochi y los monos, locos les abrazan! todos bendicen el dichoso día, en que la pena y el dolor acababan.



La Lámpara MARAVILLOSA

II PARTE

—Quedémonos aquí, dijo a Aladino; ahora verás cosas extraordinarias, maravillas tales como nunca se han presentado a los ojos de un mortal. Mientras yo saco fuego del pedernal con el eslabón, reúne tú todas las malezas más secas que encuentres en estos sitios.

Hízolo así Aladino, el mágico le pegó fuego al montón y arrojó a las llamas un perfume que produjo un humo espeso, pronunciando al mismo tiempo unas palabras mágicas que el joven no pudo comprender.

Estremeciéndose un poco la tierra, se abrió delante del mago y de Aladino, y dejó al descubierto una losa de pie y medio cuadrado, con una gran argolla de bronce en el centro que servía sin duda para levantarla. Aladino tuvo miedo de todo lo que veía, y quiso emprender la fuga; pero el mago le dió tan feroz trompada que lo dejó atontado.

Dejamos a Aladino medio atontado por el feroz golpe que le dió el mago africano. Transcurridos algunos minutos, repuso temblando de rabia:

—¿Qué os he hecho yo para que me castigáis con tanta crueldad?

—Tengo mis razones para obrar así, replicó el africano. Además ocupó el lugar de tu padre y me debes obedecer; pero, no tengas cuidado, sobrino mío, añadió dulcificando la voz; ya ves lo que he ejecutado con la virtud y el poder de mi perfume. Pues bien, debajo de esa piedra existe un tesoro inmenso que te hará más rico y poderoso que todos los reyes de la tierra, y na-

die hay en el mundo más que tú a quien sea permitido levantar la losa y entrar por ese agujero. Si yo lo hiciese nada podría conseguir, y por lo tanto es preciso que ejecutes fielmente lo que te mande.

La esperanza del tesoro consoló en parte al pobre Aladino, el que prometió hacer lo que le indicase el supuesto tío.

—Ven, le dijo éste, acércate, pasa la mano por la argolla y alza la piedra.

—Pero, querido tío, no tengo fuerzas para ello, y será menester que me ayudéis.

—No, entonces nada lograríamos si yo intervengo; pronuncia el nombre de tu padre y de tu abuelo, tira de repente, y verás cómo levantas la losa.

Aladino hizo lo que se le ordenaba, y, en efecto, alzó la piedra bajo la cual se dejó ver una cueva de tres a cuatro pies de profundidad, una puerta muy pequeña, y algunos escalones para ir más abajo.

—Hijo mío, dijo el africano, oye bien y obedece con exactitud lo que voy a decirte. Baja, y cuando llegues al último escalón encontrarás una puerta abierta que te conducirá a un gran salón dividido en tres departamentos; a la derecha e izquierda verás cuatro jarrones de bronce llenos de oro y plata que te guardarás muy bien de tocar si quiera. Antes de entrar en la primera sala, cuida de recoger y ceñir el traje a tu cuerpo para no rozar ni los objetos que encuentres ni las paredes, pues de lo contrario morirás instantáneamente. Atraviesa

sin detenerte las tres salas, y al final de la última hallarás una puerta y luego un hermoso jardín con árboles cargados de frutos; cruza este jardín por un camino que te conducirá a una escalera de cincuenta escalones por los cuales se sube a una azotea. Así que llegues a ella verás un nicho, y en el nicho una lámpara ardiendo. Apodérate de ella, apágala y cuando hayas tirado el líquido, guárdala y tráemela en seguida. A la vuelta puedes tomar de los árboles del jardín los frutos que más te agraden.

Y el mago, al concluir sus instrucciones, puso una sortija en uno de los dedos de Aladino para preservarle, según dijo, de cualquier mal que pudiese sobrevenirle. El muchacho bajó a la cueva e hizo todo cuanto el mago le previno con exactitud y dueño ya de la lámpara se detuvo en el jardín lleno de admiración y de asombro. Cada árbol ostentaba frutas de diversos colores; las había blancas, que eran perlas; las transparentes, que eran brillantes; las verdes, esmeraldas; las encarnadas, rubíes; las azules, turquesas; las moradas, amatistas. Mejor hubiera querido Aladino que aquellos frutos fuesen higos, uvas, o naranjas, porque desconocía el valor de las piedras preciosas.

Aladino estaba alelado contemplando los frutos maravillosos, creyendo que eran cristales de colores; pero el brillo y la diversidad de matices le entusiasmó tanto que cogió una gran cantidad de aquellos frutos con los cuales llenó todos sus bolsillos, y en tal situación, y hasta ocupadas las manos con tantas riquezas, se presentó a la entrada de la cueva, donde le aguardaba el mago con impaciencia:



En un nicho encontró una lámpara ardiendo de la cual se apoderó.

—Dadme la mano, para ayudarme a subir, dijo Aladino.

—Mejor es, hijo mío, que tú me des antes la lámpara y te verás libre de ese estorbo y de ese peso.

—No me incomoda lo más mínimo, y os la daré cuando suba.

El africano se empeñó en recibir la lámpara, pero Aladino no podía entregársela sin sacar antes las joyas magníficas de que estaba cargada, y así es que se obstinó en su primera negativa. Furioso el mago ante la tenaz resistencia de Aladino arrojó cierta cantidad de perfume en el fuego de maleza, que continuaba ardiendo, pronunció con rabia dos palabras mágicas, y la piedra de la argolla volvió a su primitivo lugar, y todo quedó en el mismo estado que cuando llegaron el mago y Aladino al sitio misterioso.

¿Qué hará Aladino ante tal maravilla?
(Continuará)

NOTA. — Por falta de espacio no nos ha sido posible dar mayor extensión a este cuento. Lo haremos en nuestro próximo número en el que daremos cuatro páginas.

CABELLOS DE ORO Y LA CORONA REAL



Hace muchísimos años, había un pobre pastor que vivía en una cabaña de un bosque con su mujer y su hijo. El niño tenía los cabellos muy largos y dorados, que brillaban como la luz del sol, por esta razón le habían dado el nombre de Cabellos de Oro. Una noche fué a reunirse con su padre en el bosque, y se extravió sin que le fuera posible hallar el camino de regreso.

Felizmente en el bosque había abundancia de nueces y moras en los árboles y arbustos, de modo que Cabellos de Oro no careció de alimento.

Después de vagar durante tres días llegó a un lugar salvaje y solitario, en donde los árboles crecían tan espesos, que apenas podía pasar entre ellos. Sin embargo, a cierta distancia, el bosque era ya más claro, y Cabellos de Oro llegó a la orilla de un mar azul. Algunos pescadores retiraban entonces las redes del agua, y uno de ellos, al ver a Cabellos de Oro, gritó:

¡Qué niño tan hermoso! —reten-gámosle entre nosotros, porque necesitamos un muchacho en la barca.

Perdida ya la esperanza de hallar nuevamente la cabaña de sus padres, Cabellos de Oro sentía gran tristeza al verse tan solo y abandonado, y, por lo tanto, aceptó contento la invitación de los pescadores. Se quedó con ellos, y aquel día, aun cuando pescaron mucho rato,

no fueron afortunados porque no pudieron coger nada.

Por fin, un pescador anciano, cuyo cabello era blanco como la plata, dió la red a Cabellos de Oro, diciéndole:

—Ahora pruébalo tú, muchacho; tal vez tengas más suerte.

Cabellos de Oro no sabía cómo manejar la red. La soltó sin tenderla convenientemente y pareció, al querer sacarla, que se había enredado en alguna roca debajo del agua. Avergonzándose al notar su torpeza, el muchacho apoyó el pie en la borda de la embarcación y tiró furiosamente de la red, consiguiendo, por fin, sacarla. Nó era maravilla que le costara trabajo, porque enredada en la malla, apareció una corona de oro puro.

—¡Salve, oh Rey —gritó al verlo el anciano pescador que se arrojó a los pies de Cabellos de Oro. Hace cien años, dijo al asombrado muchacho, que murió el último de nuestros reyes y como no tenía heredero que le sucediera, arrojó su corona al mar, ordenando que permaneciera vacante su trono, hasta que lo conquistara la persona afortunada que sacase la corona del agua.

Los pescadores se encaminaron inmediatamente a tierra, y Cabellos de Oro iba en la proa de la barca, ciñendo en las sienes la brillante corona. Cundió inmediatamente

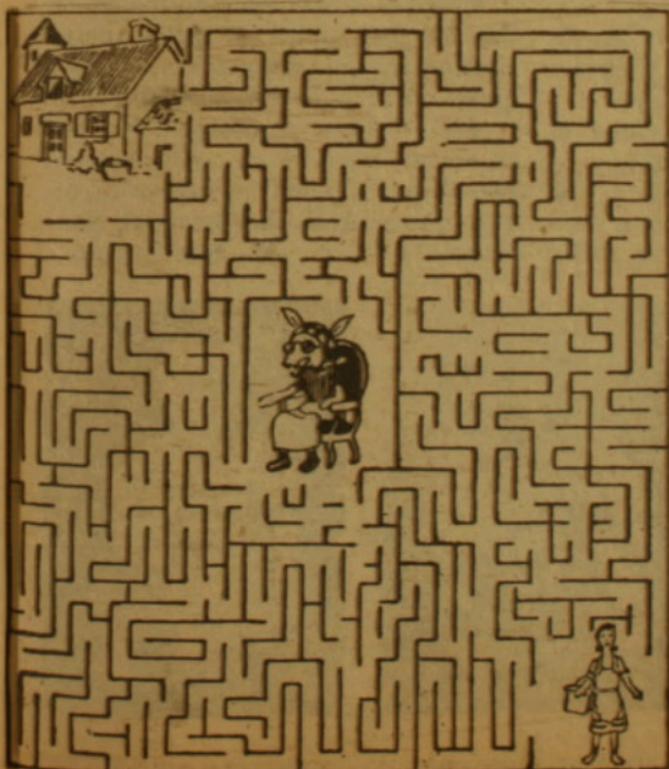
la feliz nueva de una a otra embarcación, extendiéndose por mar y tierra. Gran multitud de gente fué a darle la bienvenida, cantando alegremente y cubriendo de flores su camino.

Al llegar al magnífico palacio que se alzaba en el centro de una rica y noble ciudad, Cabellos de Oro se apresuró a mandar a cien de sus mejores soldados al bosque, que al cabo de una semana volvieron triunfalmente, llevando con ellos al padre y a la madre de su rey, quienes no se resolvían a creer en la buena fortuna de su hijo, hasta que lo vieron rodeado de muchos cortesanos, sentado en el trono y ciñendo una corona de oro en su cabeza.

FIN



—Retengámonse entre nosotros, porque necesitamos un muchacho en la barca...



CAPERUCITA ROJA

En este laberinto pueden jugar dos personas. Uno de los jugadores es el lobo y el otro representa a Caperucita Roja. Cada cual lleva un peón diferente del de su adversario. Un grano de maíz y otro de arveja, un botón de hueso y otro de metal, pueden servir para el caso. Cada jugador debe avanzar, por turno, una vez en línea recta. Si Caperucita logra llegar a la casa sin encontrar al lobo, será la vencedora; pero si el lobo logra cruzarse en el camino de Caperucita, será el vencedor del juego.

CORRESPONDENCIA

Alicia Palacios R.— Su cuento lo arreglaremos y verá la luz en "El Colegial" Aceptada como entusiasta colaboradora.

Terry.— Como colaborador dibujante queda Ud. incorporado al grupo de colaboradores que trabajan con entusiasmo por esta revista que desea ser un compañero inseparable para los pequeños lectores. Su dibujo irá en breve.

Jimena.— Con qué agrado hemos leído su hermosa cartita. Por supuesto que Ud. puede hacer la suscripción desde el primer número de "El Colegial". Envíe su valor por giro postal o telegráfico al Director de "El Colegial", Casilla 6562, Santiago. La acogemos entre nuestros colaboradores.

Manuel Campos.— Envíe los dibujos que ofrece y se publicarán. Gracias por sus felicitaciones.

Beatriz.— Parece que usted es una niña muy hacendosa, y le gustan las recetas que publica "El Colegial". Gustosos seguiremos dando semana a semana recetas útiles

y fácil de preparar. Gracias por sus felicitaciones.

Gollena.— Buenas las adivinanzas. En breve las verá aparecer en "El Colegial", su revista favorita.

Auri.— Agradecemos sus calurosas felicitaciones por las seriales que publica esta revista. Aceptada entre nuestros colaboradores. Se publicará pronto su problemita.

Alicia Palacios.— Trataremos de complacerla. Queda usted aceptada como colaboradora.

Alej.— Como siempre muy buenos sus dibujos.

Rebequita.— Qué simpática su cartita. Damos las gracias por sus buenos deseos para esta revista que recién empieza. Queda aceptada.

Melva.— Tenemos agentes en todas las provincias a quien usted puede dirigirse para solicitar cualquier número de "El Colegial".

Alej.— Dice a Cheche y Loré se sirvan ponerse en comunicación con él, para lo cual indica su dirección que es A. A. A. Correo 3, Santiago.

EL SECRETARIO



JULIO ORTIZ M.



LUIS Y MARCOS CRUZ C.



ANGELITA AGUAYO V.



LA AVISPA ARAÑERA

(PEPSIS LIMBATA GUER)

Es una de las avispas o Pompilido más grande entre los Himenópteros chilenos. Se le llama avispa arañera por el hecho que esta avispa busca a la araña peluda tan abundante en los cerros, para llevarla a su nido para que sirva de alimento de sus hijos. Este arañido construye sus nidos en los cerros, allí cava un socavón de quince a veinte centímetros de profundidad cuyo fondo es de forma ovóidea. Terminado el socavón va en busca de una araña peluda la cual paraliza después de ruda lucha y la conduce a su nido. Depositada la araña en el fondo del nido y bien paralizada, la avispa pone un huevo sobre el cuerpo de la araña, de este huevo nace una larvita la que se alimenta de las partes blandas de la araña hasta que dentro de pocos días termina su crecimiento y entra después en el sueño ninfal.

SUBFAMILIA DE LAS PAPILIONACEAS

El culén es un árbol poco esparcido en nuestro país. Prefiere las localidades húmedas entre Coquimbo y Valdivia. En la provincia de Chiloé no crece silvestre; pero se encuentra cultivado en los jardines como árbol medicinal. De sus hojas se prepara una dilución que facilita la digestión. Se utiliza además como antifebrífugo.

Las partes no lignificadas de las ramas son verdes. Estas, como también el cáliz y hojas, están sembradas de glándulas de color indigo, viscosas al tacto. Las hojas largamente pecioladas son trifoliadas, provistas de hojuelas lanceoladas de 15 cms. de largo.

Veinte y más flores están reunidas en un compacto racimo sostenido por un largo pedúnculo axilar. Los racimos compactos y los cortos pedúnculos hacen que las inflorescencias presenten un aspecto tan uniforme, lo que aumenta altamente su visibilidad.

En la base de cada pedúnculo se encuentra una bráctea escamosa abovedada y acuminada. Cumplida su misión de proteger a la flor al estado de botón, se vuelve parda y se seca.

La semejanza de las flores con una mariposa le ha dado el nombre a esta familia (Papilionáceas) y es por ésto que sus flores se designan como amariposadas.

En la madurez se abre el fruto por los bordes de la sutura y a lo largo del dorso, para que las semillas puedan caer.

El género *Psoralea* está representado en Chile por una sola especie: el culén. La mayoría de las 100 especies de que conste este género abunda en el Africa, Australia y Asia; sólo pocas existen en América.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



Villa

SOMOS LOS BUENOS MUCHACHOS



1.—Era un día de frío y de nieve cuando volvieron al internado los buenos muchachos encabezados por el incomparable Bombolito. Y traían ricos caramelos.



2.—Los buenos muchachos se preparaban a darse un gran banquete con los ricos dulces, cuando don Copucha los atajó: Es prohibido traer dulces al colegio, niños.



3.—Y sin más explicaciones, don Copucha requisó el cartucho de dulces dejando a los buenos muchachos muy ascojados y chupándose el dedo en vez de los caramelos.



4.—Pero Bombolito discurrió al punto una treta para vengarse del tránico don Copucha. Hicieron un mono de nieve y se adaptaron un pedazo de manguera de riego.



5.—Y cuando la trampa estuvo lista, esperaron el paso de don Copucha que sin ni pizca de recato venía comiéndose los caramelos requisados a los muchachos.



6.—De repente don Copucha se encontró con un mono de nieve que le habló con voz sepulcral: —¿Quién quitó los dulces a los muchachos y se los está comiendo?



7.—¡Horror, un mono de nieve que habla! exclamó don Copucha y, dejando caer el cartucho con los ricos dulces, echó a correr espantado pidiendo socorro.



8.—A los gritos acudió mister Gafas, el rector, y dijo: —¿Qué pasa? Bombolito dijo a través de la manguera: —¡Buen día, señor! —Es una broma ingeniosa, dijo Mr Gafas.